

CAPÍTULO VII LA GUERRA DEL FUTURO

QUIÉNES LIBRARÁN LAS GUERRAS

Mientras el segundo milenio d.C. está finalizando, los intentos estatales por tratar de monopolizar en sus manos a la violencia están tambaleándose. Cara a cara con la amenaza terrorista, los mayores y más poderosos imperios jamás conocidos terminaron por desintegrarse. Si estas tendencias actuales continuaran, la guerra que esta basada en la división entre gobierno, ejército y pueblo parece tender a desaparecer. El surgimiento de los conflictos de baja intensidad puede, a menos que puedan ser rápidamente contenidos, terminar por destruir al estado. En el largo plazo, el lugar del estado será ocupado por organizaciones guerreras de distinto tipo.

Para entender al futuro hay que estudiar el pasado. El estado es una invención comparativamente reciente y en verdad su surgimiento es una muy buena razón por la cual designamos a nuestra era como "moderna". Como las líneas iniciales de "El Príncipe" muestran aun en una época tan tardía como la de Maquiavelo el concepto de estado era tan borroso como para requerir una explicación. A lo largo del siglo XVI las guerras continuaron siendo libradas por principados, repúblicas, ciudades y ligas de ciudades, ligas religiosas y nobles independientes, sin mencionar a los ladrones —ambos en forma oficial y no oficial— operando en su propio beneficio. Una mirada interna nos permite percibir que este fue un periodo en el que los estados estaban en ascenso; pero no fue hasta el Tratado de Paz de Westfalia que fueron capaces de ejercer algo similar a un monopolio en el uso de la violencia organizada (la idea de un monopolio de facto, talvez por suerte, nunca fue alcanzada). Aun así, el estado era una concepción puramente Occidental de curso legal en menos del tres por ciento de la superficie de la tierra entre Gibraltar y el Vístula. En la mayor parte del mundo, aparte de las colonias europeas, los estados sólo comenzaron a hacer su aparición en el siglo XX.

El proceso por el cual los estados fueron creados fue, en parte la causa y en parte el síntoma, de la triple distinción entre gobierno,

ejército y pueblo. Con el tiempo llevó a la guerra a ser redefinida como parte de los dos primeros con la exclusión del último de estos elementos. Entre 1648 y 1939 las leyes internacionales escritas desplegaron una creciente tendencia a prohibir a las personas que no eran miembros de las fuerzas armadas a participar en la guerra (cuálquiera fuera la provocación), amenazándolos con castigos horribles si lo hacían. Para el siglo XIX estas distinciones estaban tan firmemente establecidas que la adherencia a ellas era usada como la piedra de toque para los países que aspiraban al status de "civilizado". Así fue con el Imperio Otomano, Persia, Tailandia, China y Japón, los cuales en 1905 expresaron su madurez mediante su adherencia escrupulosa a las leyes de la guerra como les fueron presentadas. Con el tiempo, por supuesto, hubo innumerables casos de ejércitos que violaron los derechos humanos y de civiles que tomaban las armas contra ejércitos. Hasta el uso del término "represalia" en el primer caso y el de "alzamiento" en el último muestra que las distinciones fueron generalmente respetadas, aun cuando fueran violadas. La forma como el pensamiento militar clausewitziano las codificaba fue la base sobre los cuales se edificó toda la práctica militar occidental.

Así como el surgimiento del estamento civil, los ejércitos, los gobiernos y los estados fueron el resultado de circunstancias históricas específicas, otro grupo de circunstancias parecen haber debilitado a estas entidades en las décadas posteriores a 1945. Una discusión detallada sobre el tema requeriría otro libro, pero unos pocos hechos salientes merecen ser comentados aquí. El hecho más elemental es que con el tiempo cada rivalidad tiende a desarrollarse y desaparecer. La guerra de "treinta años" de 1914 a 1945 pone fin a tres siglos de conflictos interestatales más o menos intensos. Este hecho parece haber convencido a muchos pueblos de los países en desarrollo de que las fuerzas armadas no pueden resolver las diferencias entre estados nacionales mejor que la Guerra de los Treinta Años original fue capaz de resolver aquellas entre las comunidades religiosas; aunque, a partir de ese momento, esta proposición haya sido volcada en leyes internacionales. Después de 1648 quedó firmemente establecido que las disputas religiosas no podían zanjarse por la fuerza forzando que la Liga Católica y la Alianza Protestante dejaran de pelear y desaparecieran. Igualmente, el estado que tomó su lugar puede estar en proceso de olvido, tanto porque su capacidad para combatir

organizaciones similares está bajo creciente sospecha y porque no tiene mucho sentido ser leal a una organización que no combate, que no puede hacerlo y que no lo hará.

El factor determinante responsable por esta situación es, por supuesto, la dispersión de las armas nucleares. Desde Europa Central hasta Cachemira y desde el Medio Oriente hasta Corea, las armas nucleares están haciendo imposible que las grandes unidades territoriales soberanas o sea los estados, combatan por algo serio, unos contra otros sin correr el riesgo de un mutuo suicidio. Este tema no es nuevo. Los primeros en sugerir que "el combate cercano con el enemigo" representaba la mejor esperanza que las fuerzas convencionales tenían para evitar la destrucción nuclear fueron los teóricos de la "guerra nuclear táctica" de fines de los años 50, quienes se preocupaban por el uso de la artillería atómica y de los misiles de corto alcance. Su análisis era correcto; pero considerándolo retrospectivamente, no sirvió para mucho. El alcance ilimitado de los vehículos portadores modernos y su capacidad para alcanzar cualquier punto del territorio enemigo; el poder de las cabezas de combate que llevan y la ausencia de una defensa efectiva son todos elementos tendientes a tornar inútiles a las fronteras. Si después de todo, el combate tuviera lugar, no sólo las fuerzas armadas sino además las comunidades políticas en cuyo nombre ellas operan se tendrán que volver inseparables. Si esta unión tiene lugar y cuando ésta suceda, es muy probable que las fuerzas que sean desplegadas por estas comunidades no sean más del tipo convencional. Bajo estas circunstancias la distinción entre fuerzas armadas y civiles (tanto aquellos en la base como en la cima) se quebrará de la misma forma como sucedió durante las numerosas guerras entre 1338 y 1648.

Sí los estados son crecientemente incapaces de pelear unos contra otros, el concepto de inseparabilidad nos señala, en estos momentos, al surgimiento de los conflictos de baja intensidad como una alternativa. La propia esencia de tales conflictos consiste en engañar y minar la propia estructura trinitaria del estado moderno, el cual desde muchos puntos de vista está mal situado para lidiar con esta clase de guerra. Con todo, lo mejor que los países desarrollados (desde Gran Bretaña en Irlanda del Norte hasta Italia (y más recientemente, en el Bloque Oriental desde Yugoslavia hasta Uzbekistán)- ha sido capaces de hacer es contener al terrorismo. Un

grado de actividad violenta que en épocas tan tardías como los años 60 hubiera sido considerada inaceptable es hoy aceptado como un peligro normal de la vida moderna, tanto que el índice de bajas es comparado con los causados por los accidentes de tránsito. Más aun, el conflicto de baja intensidad se está convirtiendo en el primer producto de exportación de los países en vías de desarrollo que no tienen otra cosa para vender. A lo largo del Tercer Mundo, numerosos nuevos estados no han sido nunca capaces de establecerse de cara a otras entidades sociales incluyendo, en particular, a las tribus étnicas. De frente a sus disputas, la distinción entre gobierno, ejército y pueblo comenzaron ha desmoronarse aun antes de haberse establecido adecuadamente.

El hecho que hace a este escenario más creíble es, una vez más, que la guerra representa talvez la acción humana conocida más sujeta a imitación. La estrategia es interactiva por definición; cualquier intento de derrotar al enemigo que implique superarlo y engañarlo debe estar precedido por el desafío de entenderlo. Desde el tiempo en que los romanos se hicieron a la mar y Aníbal equipó a sus hombres con armas romanas capturadas, el resultado de cualquier conflicto prolongado ha sido siempre un mutuo proceso de entendimiento. Beligerantes que eran originalmente muy diferentes terminaron pareciéndose unos a otros, primero en los métodos que utilizaban y luego, gradualmente, en otros aspectos. Mientras esto sucede, generalmente sólo en las luchas que duran lo suficiente, llega un punto en que las razones que los llevaron a la guerra son olvidadas. No hace falta que uno comparta los puntos de vista de Hegel relacionados con la primacía de la guerra en los asuntos humanos para estar de acuerdo en que una forma importante por la cual las sociedades humanas de cualquier nivel desarrollaron sus estructuras internas ha sido combatiendo a otras sociedades. Después de todo, ninguna otra comunidad ilustra este hecho mejor que el mismo estado moderno, una organización que adquirió sus características instituciones –incluyendo, especialmente a las fuerzas armadas y su separación del gobierno y del pueblo –parcialmente a través de la necesidad de combatir a otras organizaciones similares.

Sin duda el proceso por el cual el estado perderá su monopolio sobre la violencia organizada a favor de un tipo de organización diferente será gradual, irregular y espasmódico. Las cosas sucederán a

diferente ritmo en diferentes lugares del mundo. Muy probablemente, la desintegración estará acompañada de levantamientos violentos como aquellos que Europa comenzó teniendo durante la Reforma y que culminaron con la Guerra de los Treinta Años. Probablemente, los primeros en ser afectados serán los Estados en Asia, África, el Caribe y América Latina; aunque, de verdad se puede decir que en muchos de ellos este proceso ya se encuentra en marcha. Próximos en la lista son los grandes imperios heterogéneos como la Unión Soviética (incluyendo a algunos miembros del Pacto de Varsovia), en los cuales, igualmente, el proceso ya ha comenzado. China e India son también candidatos. Ambos países están afectados por la expansión de sus poblaciones, lo que hace casi imposible para ellos resolver sus problemas económicos. Ambos contienen poderosas fuerzas centrifugas que están haciendo sentir su influencia, así como en poblaciones enteras cuya memoria de independencia política aun de grandeza no ha podido ser, por ningún medio, borrada. Llegado el momento oportuno, es muy probable que tengan su oportunidad para volver a ser independientes.

Los Estados Unidos es otra gran sociedad multirracial donde las armas están ampliamente disponibles y que tiene una imbatible tradición de violencia interna. Durante la mayor parte de su historia, los abundantes recursos naturales, las fronteras abiertas y luego, la expansión global les permitió a los norteamericanos elevar sus niveles de vida. Mientras esto hacían, cada tanto, libraron guerras en las cuales su agresividad encontró una salida. Sin embargo, ninguno de estos tres factores existe hoy. La frontera está cerrada desde tiempo atrás. La viabilidad de la economía norteamericana ha estado en declinación desde 1970. Parcialmente como resultado de ello, lo mismo le pasa a su habilidad para dominar al resto del mundo, un proceso que ni aun la victoria sobre Irak podrá detener. Como lo han descubierto los norteamericanos hay que correr cada vez más rápido para permanecer en el mismo lugar, las tensiones sociales se han incrementado y a veces escapado por el lado del consumo de drogas que como el Presidente Reagan lo describió es "nuestra guerra Nro 1". La actual declinación económica de los EE.UU. debe ser detenida; o algún día el crimen que es rampante en las calles de Nueva York y Washington DC, puede devenir, mediante el contagio con síntomas raciales, religiosos, sociales y políticos, en conflicto de baja intensidad y quedar totalmente fuera de control.¹

Sólo porque ellos tienen una larga tradición en recuperarse, algunos de los estados más viejos, particularmente Japón y los de Europa occidental puede ser que duren un poco más, Japón es particularmente afortunado porque está aislado, es excepcionalmente homogéneo y es actualmente rico; pero hoy los políticos japoneses temblan ante la posibilidad de que las "turbas, masas, contingentes" provenientes de los países pobres de la región puedan empezar a llegar a sus costas. Los estados europeos occidentales pueden ver su soberanía cuestionada tanto desde arriba, a manos de organizaciones internacionales, como desde abajo. Si Europa se une, cualquiera sea la forma que esta organización asuma seguramente no será parecida al "estrado" en los términos que lo entendemos hoy. Una comunidad del tamaño continental cuyo único propósito es incrementar el ingreso per cápita y el producto bruto interno difícilmente pueda contar con la lealtad total del pueblo. La integración seguramente potenciará las presiones regionales por la independencia de parte de los vascos, los corzos, los escoceses y toda una gama de otros pueblos; los primeros en tener éxito servirán de ariete para el resto. No todos estos movimientos emplearán la violencia para obtener sus objetivos. Por ello, a largo plazo en vista al número creciente de residentes no-europeos, de pueblos no-cristianos, existe la posibilidad de que un conflicto de baja intensidad emerja y barra por lo menos en parte del continente.²

¿A que se parecerá la comunidad que algún día tomará el lugar del estado como la principal entidad guerrera? Considerando nuestro conocimiento de la historia de la humanidad hay un montón de candidatos para elegir. En el pasado, la guerra ha sido hecha por sociedades tribales como las que existieron desde tiempos prehistóricos hasta recientemente; ciudades-estado como las que fueron comunes en el mundo Antiguo y también al final de la Baja

Edad Media y al principio de la Europa moderna; despotismos reales como los antiguos imperios Asirios, Persa, Hélénico y Romano; estructuras sociales feudales como las que en su momento fueron dominantes, tanto en Europa como en Japón; asociaciones religiosas buscando establecer la mayor gloria de su dios o bandas privadas mercenarias comandadas por señores de la guerra y organizaciones comerciales como la británica Compañía de Indias Orientales y otras similares de distinta nacionalidad. Muchas de estas entidades no fueron ni "políticas" (entendiendo a la política como una mezcla entrañable de varios factores) ni tenían "soberanía" (un concepto del siglo XVII). No tenían fuerzas armadas o en consecuencia gobiernos y pueblos en el sentido que le damos a estos términos. A pesar de ello, se empeñaron en violencia a gran escala, organizada, con propósitos definidos, o sea: guerra.

No más allá de donde Froissart pudo entrever el fin del sistema político feudal y su reemplazo por uno moderno basado en estados, podemos hoy entrever que clase de nuevo orden surgirá del colapso de este último. Sin embargo, a partir del hecho de que ninguno de los dos docenas de conflictos armados que se libran alrededor del mundo ha involucrado a estados en ambos bandos, podemos formular una apreciación bien fundada. En la mayor parte de África, las entidades por las cuales las guerras en cuestión son libradas se asemejan a tribus, en verdad son tribus o lo que sea que quedó de ellas tras la corrosiva influencia de la civilización moderna. En partes de Asia y de América Latina la mejor analogía puede ser la de los barones-ladrones que infestaron Europa durante el inicio de la Edad Moderna o las grandes organizaciones feudales que guerreaban una contra otra en el Japón del siglo XVI. En Norteamérica y en Europa occidental las entidades guerreras del futuro probablemente se parezcan a la secta de los Asesinos, un grupo motivado religiosamente y sostenido por el tráfico de drogas que aterrorizó a la sociedad medieval durante dos siglos.³

1- Sí bien la finalización de la campaña contra Irak de 1991 no permitió que el "Nuevo Orden" pretendido por el Presidente Bush padre se concretara, tampoco condujo a una declinación evidente de la influencia global de los EE.UU. Además, la economía norteamericana –especialmente durante la administración Clinton– se recuperó y la violencia en sus principales ciudades pudo ser contenida; sin embargo, todavía están por verse los resultados de la posguerra de la segunda campaña contra Irak en el 2003. Al respecto, se puede apreciar que las condiciones que enfrentan ahora los EE.UU., tanto internas como externas, serán más duras que cuando van Greveld escribió estas líneas, por lo que ahora si podrían cumplirse más plenamente sus predicciones. (N.T.)

2- Otra profecía cumplida del autor. Como los grandes disturbios de las afteras de París del 2006 atestiguan solo para mencionar al más visible de procesos similares que tienen lugar en otras capitales europeas. (N.T.)

3- El movimiento de los Asesinos se considera que es el antecedente más antiguo de una organización terrorista. Se inició como un culto basado en la versión ismailí del Islam, aunque desarrollado bajo premisas agnósticas. Cerca del 1090 la secta tomó posesión de una serie de fortalezas ubicadas en Siria y Palestina, por lo que su superior era apodado como "el viejo de la montaña". Su organización era de tipo monástico, por lo que su superior era apodado como "el viejo de la montaña". Su organización era de tipo monástico, en la cual los jóvenes monjes eran instruidos en las artes negras del asesinato y del engaño. Por descubrirlos años aterrorizaron al mundo cristiano. Se especula que los propios templarios usaron de sus servicios. En el 1256, los mongoles conquistaron las fortalezas y los Asesinos empezaron a desintegrarse como fuerza militar sin embargo mantuvieron una identidad discreta dentro del Islam en comunidades dispersas en Siria, Egipto, Irán, Afganistán y la India. (N.T.)

En el futuro, la guerra no será librada por los ejércitos, sí por grupos a quienes hoy llamamos terroristas, guerrillas, bandidos y ladrones, pero que seguramente encontrarán un título más formal para designarse a sí mismos. Sus organizaciones seguramente se construirán sobre bases carismáticas antes que institucionales y motivadas menos por el "professionalismo" que por lealtades basadas en el fanatismo o en ideologías. Este liderazgo, que estará claramente ligado a las prácticas coercitivas a su disposición, será difícilmente distinguible de la organización como un todo, consecuentemente guardarán más similitud con el "Viejo de la Montaña" antes que con los gobiernos institucionales como el mundo moderno ha llegado a entenderlos. A la vez, estarán enraizados en una "base popular" de algún tipo, de tal modo que la población probablemente no estará claramente separada ni de sus vecinos inmediatos como de aquellos, siempre una minoría, que ejerzan efectivamente la violencia. Una entidad guerrera de cualquier tamaño estará "en control" de algún tipo de base territorial. Sin embargo, esta base tampoco será algo continuo, impenetrable o muy grande. Probablemente sus fronteras –en sí mismo un término moderno– no estarán demarcadas por una clara línea en un mapa. En su lugar, habrá bloques ocasionales de caminos que aparecerán en lugares inesperados manejados por rufianes que procederán tanto para llenarse sus bolsillos como los de sus jefes.

La exigencia más importante de cualquier comunidad a ser satisfecha será su demanda de protección. Una comunidad que no pueda salvaguardar las vidas de sus miembros, sujetos, ciudadanos, camaradas, hermanos o como quiera que se llamen difícilmente podrá demandar su lealtad o sobrevivir por mucho tiempo. Lo contrario, también es correcto: cualquier comunidad con la capacidad y lo que es más importante, deseosa de ejercer la protección de sus miembros, será capaz de tener la lealtad de sus miembros hasta un punto en que ellos estarán dispuestos a dar la vida por ella. El surgimiento del estado moderno es mayormente explicable a partir de su efectividad militar cara a cara con otras organizaciones guerreras. Si el caso fuera, como parece ser, de que el estado no podrá defenderse efectivamente contra conflictos tanto internos como externos de baja intensidad, claramente no tendrá un futuro por recorrer. Aunque el estado no tome a tales conflictos seriamente deberá ganarlos rápida y decisivamente. Alternativamente, el proceso de combate debilitará por sí mismo a sus bases. En realidad, los temores de verse envueltas en este proceso han

sido el principal factor detrás de la resistencia de muchos países occidentales, en particular, para controlar el terrorismo. En muchos lugares alrededor del mundo, con certeza este no es un escenario imaginario; los dados están rodando y las apuestas están abiertas.

DE QUÉ TRATARÁ LA GUERRA

Para entender al futuro hay que estudiar el pasado. Los pueblos están a veces preparados para violar la ley o cualquier otra cosa que se le oponga a sus propósitos, tampoco este fenómeno está limitado a los militares. Sin embargo, el hecho de que una ley pueda ser violada es un testimonio sobre su propia existencia – en nuestro caso, tenemos ideas muy claras respecto de quien puede hacer uso de la violencia contra quiénes, con qué fines, bajo qué circunstancias, de qué forma y con qué medios. De esta forma, no hay duda de que las convenciones sobre la guerra representan una realidad tangible. Como todas las creaciones humanas está enterrada en la historia y por lo tanto sujeta a cambios. Aunque nadie pueda predecir el futuro es posible, al menos, indicar las probables direcciones que estos cambios podrán tomar.

En la medida que la conducción de la guerra sea ejercida por organizaciones no gubernamentales los jefes político-militares responsables perderán su posición de privilegio. La actual separación entre la entidad política guerrera y sus dirigentes no podrá aplicarse siempre de la misma forma. Entre las sociedades tribales, aún en la Antigüedad y en los tiempos medievales, el matar al jefe enemigo representaba el mejor método para ganar una guerra. Por ejemplo, los persas después de la batalla de Cunaxa, luego de invitar a los jefes griegos a un banquete los degollaron con la esperanza de obtener la rendición de la Expedición de los Diez Mil. Alejandro en Gaugamela cargó directamente contra Darío con la creencia bien fundamentada de que la cohesión de las fuerzas persas dependía sólo de él. El hecho de que el "Gran Rey" como los griegos lo llamaban se desempeñara como comandante en jefe de su ejército y que peleara en las primeras filas prueba este punto. En Roma, un soldado que matara al comandante enemigo era recompensado con la *spolia opima*. La muerte del Rey Harald en Hastings fue accidental pero acarreó la desintegración de su ejército. Tan tarde como en los tiempos de Maquiavelo la muerte de jefes enemigos en combate o por traición constituyó un método normal en las relaciones internacionales. Si Lucrecia Borgia se hizo famosa por

envenenar a sus enemigos, no lo fue por el hecho de que sus métodos fueran excepcionales, sino porque era mujer.

El momento decisivo cuando el “estado” y el “gobierno” se separaron uno del otro tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo XVI. La desaparición del feudalismo y el incipiente surgimiento de las burocracias estatales modernas condujeron a una situación donde la mayoría de los dirigentes dejaron de ejercer el comando directo de sus ejércitos y en consecuencia, dejaron de pelear al frente de ellos. Por supuesto hay siempre excepciones a la regla –Napoleón fue la mayor e incluso una de las últimas- la mayoría libró guerras sin la necesidad de dejar su palacio, eligiendo transmitir su autoridad a ministros de guerra, comandantes en jefe y comandantes operacionales. A diferencia de sus predecesores medievales, estas figuras subordinadas son meros empleados del estado. No se supone que combatan en nombre de su interés personal y llegado el caso pueden ser reemplazados por un capricho del soberano. Con el tiempo, desarrollaron un grupo de intereses comunes y también un código de comportamiento que se expandió a lo largo de las naciones, fronteras y aun frentes de batalla. Haciendo que la guerra *ad hominem*⁴ no tuviera sentido.

Ésta, también, fue la era en la cual el principio de legitimidad comenzó a ser ampliamente reconocido. Con la continuidad asegurada, matar, detener o molestar de cualquier modo a aquellos responsables de la conducción superior de la guerra perdió todo sentido. Consecuentemente, fue abandonado y entronizado entre las convenciones de la guerra, en las leyes internacionales y en las ideas relacionadas con la moral pública. Vattel lo consideró como un signo del progreso de la civilización que a mediados del siglo XVIII llevó a los soberanos de los estados beligerantes a dirigirse unos a otros como *monseigneur mon frère*.⁵ Ferdinando de Brunswick, comandante del Ejército de Hanover durante la Guerra de los Siete Años, devolvió a su dueño, el comandante francés Saint Germain, un telescopio que le había capturado. Cuando Napoleón sitió Viena en 1809 sus artilleros alejaron sus fuegos del Palacio de Schönbrunn donde se sabía que reposaba tranquila la Princesa María Luisa (la futura Emperatriz); su siguiente exilio en Santa Elena fue muy criticado en su momento. A fines del siglo XIX, los conductores como Napoleón III que cayeron prisioneros fueron considerados como un inconveniente político del que había que desprendese lo antes posible.

A medida que el siglo XX llega a su fin, el proceso parece haberse revertido. Si los conflictos de baja intensidad se diseminan el lugar de las burocracias de las organizaciones armadas será ocupado por grupos basados en relaciones personales carismáticas. Ello producirá que la actual distinción entre dirigentes y entidades políticas tienda a desaparecer o a desdibujarse. Las convenciones de la guerra cambiarán para reflejar estas nuevas realidades. En los últimos tres siglos los intentos de asesinar o al menos incapacitar a los dirigentes no eran considerados parte del juego de la guerra. En el futuro, la tendencia será la considerarlos criminales que se merecen ampliamente el peor de los castigos que se les pueda imponer. Con los factores políticos y los personales entremezclándose en nuevas formas de organización ni los jefes de familia ni la propiedad privada podrán gozar de inmunidad. En su lugar, estarán sujetos a ataque o amenaza de ataque como forma de

4 - Del latín: contra el hombre. (N.T.)

5 - En francés en el original: Señor, mi hermano. (N.T.)

6 - Según nuestro conocimiento existió en ese período otra operación, en este caso exitosa, destinada a eliminar a un comandante enemigo. El Almirante Isoroku Yamamoto quien fuera el comandante de la Armada imperial japonesa que atacó Pearl Harbor fue el blanco de una operación montada por el mando naval norteamericano del Pacífico. Cuando se supo que Yamamoto estaría volando a la isla Bougainville el Almirante Chester Nimitz le solicitó autorización al Presidente Roosevelt para interceptarlo y derribar su avión. El Mayor John Mitchell (jefe del Escuadrón 339) ejecutó con éxito la misión, derribando al avión que conducía al almirante japonés y a la mayoría de sus escoltas (N.T.)

presión. En consecuencia, muchos dirigentes probablemente decidirán permanecer inalcanzables y comandar en una forma semi-nómada, semi-clandestina, como ya lo hace Yasser Arafat.

Como los fríos hechos lo demuestran, los dirigentes son crecientemente considerados blancos. Tiempo atrás, en 1956 los franceses capturaron pasajeros en un avión marioquí que trasladaba a la conducción del FLN. Fue una suerte de golpe que hubiera sido inconcebible en cualquier clase de guerra, excepto una de tipo antisubversiva. En su momento fue considerado tan contrario a las convenciones de la guerra vigentes que las órdenes para llevarlo a cabo se dice que han sido destruidas. Desde que estas prácticas se han convertido casi en un lugar común, particularmente en lugares como el Líbano, Afganistán y América Latina donde el asesinato y el secuestro de dirigentes opositores es un método mucho tan normal ahora como lo fuera durante el Renacimiento italiano. Tampoco es un método confinado a los países "incivilizados". Los israelíes en 1981 trataron de repetir la operación francesa, pero contra la dirigencia de la OLP, obligando a un avión de pasajeros sirio a desviarse en el medio de su ruta, pero sin encontrar a las personas que estaban buscando. Los norteamericanos en 1986 bombardearon Trípoli fallando en un aparente intento contra Muamar Ghadafi, pero en el que murieron varios miembros de su familia. De nuevo en 1989, los israelíes secuestraron con éxito a tres dirigentes pro-iraníes de la organización *Hizbulla* en el Líbano, probando que quien combate al terrorismo, por un cierto tiempo, probablemente se transforme en uno de ellos.⁷

Desde la Casa Blanca hasta *10 Downing Street* aun el más distraído turista no puede dejar de notar el cambio de actitudes que ha tenido lugar. Presidentes y primeros ministros, que hasta no hace mucho vivían casi sin protección, ahora tienen que admitir las dificultades inherentes a la protección de sus vidas, quedando aislados de los ciudadanos por quienes son responsables. Están rodeados con elaboradas vallas y han tenido que transformar sus residencias en fortalezas. Aquellos que mantienen su seguridad no es personal militar, tampoco lucen como soldados. No tienen la

obligación de vestir uniforme, sin mencionar a las faldas. No muestran sus armas en forma abierta. La mayoría de las defensas visibles están, de hecho, no son más que una fachada destinada a advertir a los curiosos y a disuadir a los terroristas aficionados. Mientras tanto el trabajo real de protección es llevado a cabo sin obstrucciones por miembros de varios servicios secretos, otro indicador de lo lejos que han llegado los cambios en la organización trinitaria.

El cambio de lo establecido por estas formas emergentes es probable que afecte igualmente a las convenciones de la guerra en el tratamiento de los prisioneros, heridos y otros. Las convenciones internacionales como fueron desarrolladas a partir de Hugo Grotius consideraron a los soldados como "instrumentos" del estado. A partir del punto que mientras ellos sirven a los intereses del mismo en lugar de los propios, hay una creciente tendencia a considerar a los heridos, a los prisioneros y a todo tipo de personal temporalmente indefenso, como víctimas de la guerra. Cualquiera que sea la conducta del vencedor, legalmente está obligado a no emplear una crudeldad "innecesaria". Sin embargo, las modernas organizaciones responsables de librar conflictos de baja intensidad son generalmente incapaces de obligar a sus miembros en la misma forma en que lo hace el estado. Al extremo que ellas emplean una coerción que este no considera legítima. Por lo tanto, es difícil sostener la idea de que las tropas enemigas están simplemente cumpliendo con su "deber" (para citar a Vattel) como obedientes herramientas en la manos de la organización a la cual pertenecen.

Donde sea que los dirigentes enemigos luchan por una causa ideológica presumiblemente no pueden ser influenciados en sus lealtades y deben ser encarcelados o muertos. En el futuro, los cuadros y tropas prisioneros probablemente serán tratados como criminales menores. Una buen indicio de lo que se viene fue el denominado programa "chieu-hoi" por el cual a los Viet Cong capturados en Vietnam se les ofrecía la oportunidad de "incursionar" y cambiar de bando. Una práctica que era considerada perfectamente normal durante la mayor parte de la historia que hemos revivido. Los prisioneros que acepten la oferta serán clasificados como "innocentes" o "engañosos" y se les otorgará una confianza limitada. El rechazo será considerado como una prueba de su culpabilidad y estará seguido de

7. Esta tendencia se ha reforzado notablemente en los últimos años; baste comprobarlo diciendo que la primera operación militar formal que marcó el inicio de la segunda guerra de los EE.UU. contra Irak fue la orden del presidente del primero de estos países de destruir el bunker donde se encontraba el presidente iraquí. (N.T.)

duras represalias, incluyendo la muerte. Sin duda un factor que determinará el resultado en los casos individuales será el grado de dureza aplicada. Una vez más, hoy no hay nada nuevo que no haya pasado miles de veces en incontables conflictos de baja intensidad desde 1945. Dichos conflictos son verdaderamente la ola del futuro, como lo indican los eventos del presente.

Existe una tercera área donde cambios importantes en la distinción entre soldados y civiles probablemente ocurrirán. Al margen de la "guerra total" librada durante la Segunda Guerra Mundial, las guerras más convencionales de los últimos tres siglos han sido conducidas contra los soldados. Aun en la Segunda Guerra Mundial, la distinción fue preservada hasta un punto en que los dirigentes más importantes del Eje encontrados responsables por violarla fueron llevados ante la justicia. En el lado Aliado, a pesar de que no hubo nada comparable, los hombres que con bombas quemaron a cientos de miles de civiles del Eje, como el comando de bombardero del Mariscal Harris, no se los consideró aptos para recibir una medalla por la campaña, como muchos otros sí la recibieron. A medida que los conflictos de baja intensidad se extiendan producirán el colapso de las estructuras trinitarias. Sin embargo, la estrategia se focalizará en borrar la línea existente entre aquellos que pelean y aquellos que miran, pagan y sufren. Por lo tanto, también en este punto, las convenciones de guerra vigentes serán tiradas por la borda.

Las organizaciones que libran conflictos de baja intensidad, como los gobernantes medievales y los de los primeros tiempos modernos, serán casi por definición, incapaces de controlar grandes sectores de territorio contiguos. La diferencia entre "frente" y "retaguardia" –ambos términos relativamente recientes e inseparables del estado moderno- desaparecerá progresivamente. Bajo estas circunstancias, la guerra se transformará en una experiencia directa para la mayoría de los civiles, aun hasta un punto donde el propio término será abolido o su significado alterado. La guerra afectará a las personas de todas las edades y de ambos sexos. No serán afectados en forma accidental o incidental o anónima desde lejos, como es el caso del bombardeo estratégico, sino como participantes inmediatos, como blancos y como víctimas. Las prácticas que por tres siglos han sido consideradas incivilizadas, como la captura de civiles y hasta la toma de

comunidades enteras como rehenes, con casi plena certeza volverán. Verdaderamente, en muchos países infectados por conflictos de baja intensidad ya han vuelto, aunque en realidad nunca fueron abandonadas del todo.

Un interrogante poco habitual es el de la actitud existente en las convenciones de la guerra respecto de monumentos culturales, obras de arte, iglesias y cosas por el estilo. La creencia existente, entronizada por las leyes internacionales, es que se los considera totalmente protegidos tanto como la necesidad militar lo permita. Sin embargo, en el futuro es muy probable que los conflictos de baja intensidad tengan una muy distinta actitud. Los monumentos culturales y las obras de arte son irrelevantes para la guerra, por cuando ellos han sido producidos por individuos políticamente insignificantes o por grupos pertenecientes a un estado. Aun cuando estas personas sean políticamente relevantes sus producciones científicas y artísticas difícilmente reciban el limitado crédito que reciben hoy. Baste recordar un precedente histórico, cuando Lord Cumberland "pacífico" Escocia a mediados del siglo XVIII se encargó de matar a todos los gaiteros y destruir sus gaitas argumentando que eran armas de guerra.

Nuevamente, la santidad de las iglesias y de otros lugares de culto sólo es observada cuando el sistema de creencias secular vigente indica que los mismos no tienen importancia política y consideran a la propia creencia religiosa y a su influencia sobre la guerra como una mera superstición. Esto, sin embargo, puede no ser el punto de vista de las generaciones futuras. Basta sólo consultar la Biblia para descubrir que durante buena parte de la historia, las instituciones religiosas no sólo fracasaron en gozar de inmunidad sino que fueron consideradas como blancos primarios. Capturar los símbolos religiosos del enemigo constituyó un camino seguro a la victoria y donde su pérdida era considerada tanto la causa como la prueba de la derrota. No hace mucho tiempo atrás, aun en el Occidente ilustrado, lo primero que una fuerza protestante hacía al capturar una ciudad era desalojar a los obispos, destruir las imágenes religiosas, limpiar las iglesias (a veces hasta sus cimientos) y celebrar un servicio de acción de gracias al Señor en cuyo nombre todos estos actos de culto se habían llevado a cabo. Los conflictos de baja intensidad, al ser menos institucionalizados que la guerra convencional, probablemente el

énfasis que pongan en objetos simbólicos será mayor. La verdad, lo bello y lo sagrado serán sus primeras víctimas.

Desarrollos adicionales se divisan sobre el horizonte. La mayoría de las personas tiende a dar por sentada la distinción entre propiedad pública y privada; de hecho, sin embargo y por muchas razones es un producto del estado trinitario moderno, hasta el punto que Jean Bodin en el siglo XVI lo concibió a éste con el deber específico de diferenciar a ambas. En un futuro dominado por conflictos de baja intensidad es poco probable que observe esta distinción, aun en teoría y no mucho más que lo hizo la *guerre guerroyante* medieval. Los futuros conflictos de baja intensidad muy probablemente hagan un intenso empleo de armas prohibidas en la actualidad, como las químicas, para usar en espacios cerrados como los urbanos.

Todo ello se encuentra estrechamente relacionado con el punto central que ha sido puntualizado antes pero que merece ser reiterado. Una vez que el monopolio de la fuerza armada, largamente reclamado por el estado, le sea arrebatado de las manos, las distinciones existentes entre guerra y crimen desaparecerán como ya es el caso en lugares como el Líbano, El Salvador, Perú o Colombia. A menudo, el crimen se disfrazará de guerra, mientras que en otros casos, la guerra será librada como si fuera un crimen.

No hace falta decir que si los conflictos de baja intensidad reemplazan a la guerra convencional todas las restricciones serán echadas por la borda. Previamente, he sostenido que la conducción de la guerra sin convenciones de guerra, en otras palabras sin reglas de juego claras y ampliamente aceptadas, es imposible a largo plazo. Los terroristas tienen la mayor motivación posible para distinguirse a sí mismos de otros asesinos; después de todo, no es poco probable que en caso de captura su suerte dependa de ello. Tampoco es necesario decirte que los terroristas o aun los criminales sean más inescrupulosos que la mayoría de nosotros. Pocos grupos gastan más tiempo analizando sobre quien debe ser o no asesinado en "nombre de la causa" que los jóvenes bien educados que formaron los movimientos terroristas de fines del siglo XX en la Rusia zarista. Mas allá del hecho de que las relaciones dentro de la Mafia padroni a veces guardan una increíble similitud con la guerra convencional, ya que sus integrantes

se cuidan muy bien de atacar a sus esposas e hijos. La experiencia práctica así como las consideraciones teóricas arriban a la conclusión de que la desaparición de las viejas distinciones no devendrá en una completa anarquía. Con el tiempo emergerá una nueva posiblemente basada en la distinción entre "culpable" e "inocente". A pesar de los errores, las diferencias de interpretación y las transgresiones deliberadas que causarán que las nuevas convenciones sean tan vulneradas como las viejas, no significa que éstas no existirán o que no importarán.

En cualquier momento y lugar, las ideas dominantes relacionadas con quiénes hacen la guerra, contra quiénes, con qué propósitos, bajo qué circunstancias y con qué medios constituyen una reflexión sobre la cultura de la sociedad, sus instituciones políticas y sus instituciones armadas. El punto realmente importante, radica menos en tratar de predecir como será el futuro que en entrevé el rol vital jugado por las convenciones de la guerra hasta el presente. Una fuerza armada que viola las convenciones de la guerra por un tiempo prolongado se desintegra. Este es el caso, especialmente si son poderosas y a pesar de ello incapaces de convencer a otros -y a sí mismas- sobre su imperativa necesidad de romper con las reglas. Por otro lado, las convenciones están sujetas a cambios a lo largo del tiempo y del espacio. En conclusión, nada es menos conducente para el libramiento de un conflicto armado que dar por sentadas a las convenciones vigentes. Un sistema de pensamiento que ignore las convenciones de la guerra en su totalidad, como *vom Kriege* y sus sucesores, falla en la interpretación de la naturaleza de los conflictos armados.

CÓMO SERÁ LIBRADA LA GUERRA

La guerra convencional puede que esté dando sus últimas boqueadas, así como un hombre que ha sido herido en la cabeza todavía puede caminar unos pocos pasos hacia adelante. En la medida en que los conflictos de baja intensidad se tornen predominantes, mucho de lo que ha pasado por estrategia durante los últimos dos siglos se tornará inútil. El cambio de guerra convencional a conflictos de baja intensidad causará que muchos de los sistemas de armas, incluyendo especialmente a aquellos más poderosos y más avanzados sean considerados chatarra. Lo mismo será aplicable a la investigación y desarrollo de la tecnología-militar a gran escala como la entendemos hoy.

La estrategia como es definida en esta obra es eterna, aplicable donde sea y cuando sea que las guerras son libradas y no evitadas mediante la simple disuasión. Las fuerzas armadas son creadas para librar guerras. Una vez creadas deben luchar con la incertidumbre, la fricción y la inflexibilidad. Mientras tanto, las decisiones deben ser tomadas en función del uso de la fuerza, no contra un enemigo abstracto, sino contra uno real y pensante. Todo esto es cierto sin importar la escala del conflicto y del medio donde tenga lugar, sea en la tierra, el mar, el aire o el espacio exterior. Todo esto es verdad sin importar que las armas son empleadas, a menos que tengamos una situación donde la incertidumbre pueda ser eliminada, la reacción del enemigo controlada y la guerra ganada por medio de un solo golpe poderoso. Es por ello que la estrategia nuclear no es en realidad estrategia. Aparte de este caso, nada es más característico de la ubicación, los medios y el propósito y aun si se trata de la guerra o de algún otro juego competitivo.

Por contraste, la estrategia clásica, como la entendía Jomini, Clausewitz y más tarde la mayoría de los profetas de la guerra convencional, es un producto de períodos específicos y circunstancias concretas. El arte de "usar batallas en orden de obtener el objetivo de la guerra" presume que los dos bandos tienen fuerzas armadas considerables y que estas fuerzas son distinguibles una de otra, están separadas geográficamente y que son, al menos, potencialmente móviles. También esto implica que el alcance de sus armas no es ilimitado, otra asunción que se ha tornado crecientemente cuestionable. Además, hay toda una serie de actores y conceptos que la estrategia convencional da por sentados y que forman las herramientas de su arsenal. Entre ellos, por un lado, el de grandes unidades territoriales y el de las batallas como distintivas de las campañas; y por el otro, el del combate; frente, área de reaguardia, "profundidad estratégica", bases, objetivos y líneas de comunicación para mencionar sólo a unos pocos. No lleva más que una lectura superficial de la historia militar –preferentemente en su lenguaje original y no en su traducción moderna– para descubrir que ni los conceptos ni los factores son auto-evidentes o eternos. Lo cual es precisamente porque el término estrategia, derivado del griego antiguo, sólo comenzó a ser usado a fines del siglo XVIII.

Como lo prueban los hechos, la aplicación de la estrategia en su sentido clásico a los conflictos de baja intensidad ha sido siempre problemática. Aun cuando Jomini escribió su *Précis des grandes opérations de guerre*, las guerrillas españolas estaban demostrando que eran perfectamente aptas para librarse una guerra –y una muy salvaje– a pequeña escala. Mucho de sus participantes eran campesinos analfabetos, al igual que mujeres, niños y sacerdotes. Probablemente, nunca habían escuchado hablar de estrategia, que como Tolstoy señaló en "La Guerra y la Paz", era una noción novedosa rodeada de un halo de sofisticación. Confrontados con las más poderosas fuerzas armadas convencionales que el mundo ha conocido, los insurgentes combatieron sin "ejércitos", campañas, batallas, bases, objetivos, líneas internas o externas, *point d'appui*⁸ o hasta con unidades territoriales claramente definidas en un mapa.

En función de que la guerra de guerrillas no ha sido siempre exitosa, desde aquellos días hasta el presente, se ha repetido más de mil veces que sus lecciones son estratégicamente irrelevantes. Mao habló de las guerrillas como de un pez nadando en un "mar" compuesto por la población, la analogía para ser precisa no tiene que distinguir las características de una parte con otra. Por similitud en Vietnam, los norteamericanos descubrieron que la estrategia, como se la enseñaba en los estados mayores y en las escuelas de guerra era inadecuada para entender "una guerra sin frentes" ni que hablar para poder combatirla con éxito. Visto con esta luz, el prejuicio geográfico de la estrategia, como lo entendieron desde Jomini hasta Liddell Hart pasando por Moltke, se presenta claramente, lo cual también explica porque el segundo de ellos, en particular, no cita un solo ejemplo de la Edad Media, cuando su forma de hacer guerra se asemejó en muchas formas a los conflictos de baja intensidad modernos. En breve, tales conflictos son tan convencionales como la cosmovisión de Einstein lo es respecto de la de Newton.

Sí los conflictos de baja intensidad son en verdad la ola del futuro, la estrategia en el concepto clásico desaparecerá –aunque muchos podrían decir hoy que no es más que un ejercicio basado en hacer creer y cuya relevancia está limitada a los juegos de guerra desarrollados por los estados mayores. Lo mismo que al dominio al

8 - Punto de apoyo, en francés en el original (N.T.).

cual pertenece –la guerra convencional- la estrategia ha sido atrapada entre las tenazas de las armas nucleares por un lado y de los conflictos de baja intensidad por el otro. Las armas nucleares trabajan en contra de distinciones geográficas de todo tipo: en el futuro, si las fuerzas armadas –y lo más probable, que las fuerzas políticas que las sostienen– quieren sobrevivir y combatir en serio, tendrán que entremezclarse unas con otros y con la población civil. Los conflictos de baja intensidad asegurarán que una vez entremezclados las batallas serán reemplazadas por escaramuzas, bombardeos y masacres. El lugar de las líneas de comunicaciones será tomado por cortas aproximaciones a cubierto de naturaleza temporal. Las bases serán cambiadas por escondites y depósitos enterrados, el control poblacional de los grandes objetivos geográficos que lo demanden será obtenido mediante una cierta mezcla de propaganda y terror.

La difusión de esporádicas guerras de pequeña escala causará que las mismas fuerzas armadas regulares cambien de forma, se reduzcan y pierdan vitalidad. Mientras esto pase, la masa del trabajo diario de defender a la sociedad contra la amenaza de los conflictos de baja intensidad será transferida al floreciente negocio de la seguridad y llegará el tiempo en que las organizaciones que abarcan a dicho negocio reemplacen al Estado bajo la forma de los viejos *condottieri*. Mientras tanto, como ya ha pasado en el Líbano y en muchos otros países, la necesidad de combatir a los conflictos de baja intensidad causará que las fuerzas regulares degeneren en fuerzas policiales o, en caso de luchas prolongadas, en meras bandas armadas. A pesar de que la mayoría de las milicias actuales visten una suerte de uniforme cuando le sirve a sus propósitos, los uniformes serán reemplazados por simples insignias en la forma de bandas, brazaletes y cosas por el estilo. Sus portadores no se equiparán a un ejército como lo entendemos hoy.

Nuevamente, un capítulo especial en la conducción de las guerras del futuro, es el de las armas que se emplearán. La invención de la estrategia a fines del siglo XVIII tuvo lugar simultáneamente cuando las armas colectivas, que habían dominado la guerra de sitio, comenzaron a gobernar a las operaciones en el terreno. A pesar de que esta coincidencia no es casual es raramente notada. Desde la mitad del siglo XIX en adelante la tendencia se desplazó de la armas individuales hacia grandes armas colectivas, lo que fue alguna vez

uno de los temas dominantes de la guerra moderna. La mayoría de estas armas fueron diseñadas principalmente para ser usadas unas contra otras *en rase campagne*¹⁰, como se decía. Muchas de las más poderosas como los tanques son poco útiles para alguna otra cosa; donde las personas y sus residencias están presentes –en otras palabras, donde hay algo por lo cual pelear– terminan enredadas. Alternativamente, el propósito de muchas de las armas más poderosas ha sido el de atacar objetivos en la profundidad de la retaguardia enemiga. En el caso de los bombarderos pesados y los misiles balísticos, su incapacidad para ser apuntados contra blancos puntuales, significa que solo pueden ser usados cuando las fuerzas propias están a muchas millas y fuera de su radio de acción.

Hoy, aun las potencias de tercer orden están adquiriendo armas con alcances prácticamente ilimitados y capaces de alcanzar cualquier parte de sus territorios o el de cualquiera de sus enemigos concebibles. Basados en recientes avances en electrónica otras armas serán lo suficientemente poderosas como para cubrir un campo de batalla de fuego y reducir una concentración enemiga a fragmentos. Sin embargo, la mayoría de los sistemas –incluyendo en particular a la artillería pesada, los misiles y los aviones– todavía no son lo suficientemente precisos como para causar una gran impresión contra un enemigo que este extremadamente disperso o indistinguible del medio civil o entremezclado con nuestras propias fuerzas. Porque de hecho, entremezclarse con las fuerzas del enemigo o mezclarse con la población civil y el adoptar una dispersión extrema se han transformado en prácticas comunes en los conflictos de baja intensidad. En incontables ocasiones, desde Vietnam hasta Nicaragua y desde el Líbano hasta Afganistán, si tienen alguna lección que aportar es que, seguramente, las armas más avanzadas han resultado irrelevantes. Esto es así, porque como muestra la experiencia, cualquier utilidad que las mismas puedan prestar queda contrarestando por los daños que infligen al medio ambiente y por sus insaciables demandas de abastecimiento y mantenimiento.

De acuerdo con esta interpretación, la masa de las modernas armas colectivas, incluyendo específicamente entre ellas a las más poderosas y sofisticadas, son dinosaurios. Como estos están condenados a desaparecer y este proceso ya ha comenzado. Durante

la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos produjeron más de 10 000 aviones en un solo año. Hoy, toda la USAF, a pesar de ser la organización más rica de ese tipo apenas puede afrontar la compra anual de no más de 100 aviones de combate. A un precio de hasta \$ 50 0 millones de dólares la pieza –el precio de un solo bombardero “fértil”– tan raros son los sistemas de armas modernos que como algunas antigüedades falsas han sido prácticamente hechos a mano. A partir de que los sistemas principales raramente alcanzan el status operativo al costo previsto, hay siempre una tendencia a equiparar los demás y reducir los programas, causando que el precio por unidad se eleve. Ya que las armas existentes son demasiado costosas para ser probadas o adiestrarse con ellas, deben usarse simuladores para ello. Finalmente, cuando aparece un conflicto de baja intensidad y se presenta la oportunidad de usar este material, resulta un gasto intúitil el empleo de sistemas tan costosos contra personas que, por lo general, no son más que una turba iletrada sin siquiera el status de soldados regulares. Como resultado, por ejemplo, el primer ataque aéreo de la Marina de los Estados Unidos en el Líbano (que llevó a la pérdida de dos aviones valorados en quizás unos \$60 millones de dólares) fue también el último. *Summa summarum*,¹¹ hoy en día hay un solo país que puede afrontar poseer un número adecuado de esos sistemas; pero aun así, ni los EE.UU. han intentado reemplazar a aquellos perdidos en el Golfo.¹²

Un índice excelente del grado en el que la tecnología militar es tomada seriamente es el secreto que la rodea. El cañón de 75 mm hipomóvil (francés) del cambio de siglo; los obuses gigantes (alemanes) y el tanque (inglés) de la Primera Guerra Mundial; los misiles balísticos (alemanes) y la espoleta de proximidad (inglesa) de la Segunda Guerra Mundial; tal era el secreto que rodeaba a estos dispositivos que a veces ello interfirió con su desarrollo, despliegue y operación. Cuando Harry Truman sucedió a Roosevelt como presidente de los Estados Unidos en abril de 1945 tuvo que ser puesto al tanto sobre la bomba atómica, tomado por sorpresa, sólo pudo balbucear que era “la cosa más grande del mundo”. En

contraste, desde 1945, el secreto en Occidente está por desaparecer. Se ha vuelto común que modelos plásticos de los aviones tácticos más avanzados aparezcan en las jugueterías antes de que se los conozca oficialmente y nadie se preocupa por demandar a los fabricantes. Una floreciente literatura se ha convertido en el negocio principal de aquellos que publicitan nuevos sistemas de armas en gran detalle, hasta el punto de que los pilotos israelíes se refieren a *Aviation Week*¹³ como “Tecnología Espía”.

El fenómeno es más evidente en los Estados Unidos, donde la necesidad de vender nuevas armas al Congreso lleva a costosas campañas publicitarias. En Washington, D.C., una reunión dedicada a la tecnología de avanzada como el blindaje activo para tanques puede reunir una audiencia de cientos entre los miembros de la “comunidad de defensa”. Entre aquellos que asisten se incluyen congresistas, funcionarios del gobierno, militares, empresarios de la defensa, representantes de los medios y otros más. Aun más, durante los últimos años han habido indicaciones de que los países que toman a la guerra seriamente, como Israel y la Unión Soviética son ejemplos a seguir. Los soviéticos permiten ahora que oficiales occidentales visiten sus bases y han comenzado a poner algunas de sus armas más avanzadas, como el caza *MIG-29*, en shows internacionales. Una deteriorada situación económica ha obligado a la Autoridad para el Desarrollo de Armas Israelí, RAFAEL, a acortar el periodo en el cual los nuevos sistemas no podían ser exportados; en otras palabras, acelerar su reclasificación. Mientras tanto, las pocas cosas que importan permanecerán secretas como siempre. Se incluyen entre ellas, en un extremo la capacidad nuclear de países como Taiwán, las dos Coreas, Pakistán, India, Israel y Sudáfrica; y en el otro, los mecanismos internos de dispositivos de vigilancia, los equipos de visión nocturna y cosas por el estilo.

En un futuro no muy lejano, la investigación y el desarrollo de las principales tecnologías militares como la conocemos desde la revolución industrial se reducirán hasta detenerse. Aún hoy, por cada nuevo sistema de armas que es operativo hay una gran cantidad que

11 - Expresión latina que puede traducirse como el conjunto máximo, el conjunto más excelente. (N.T.)

12 - En la actualidad, numerosos programas de armamento pesado y sofisticado de las FFAA de los EE.UU. com o el cañón autopropulsado “Crusader”, el helicóptero de ataque “Comanche” y el avión de caza “Raptor”, han sido cancelados en favor de dirigir mayores fondos a las operaciones en Irak y en Afganistán. (N.T.)

nunca pasa del tablero de dibujo; el proceso de investigación y desarrollo, es en gran parte un juego cuya principal propósito es proveer empleo, servicios sociales y jubilaciones a los ingenieros. Los juguetes, particularmente aquellos peligrosos y poderosos, tienen su atractivo para los generales con o sin uniforme. Sin embargo, desde el punto de vista de la sociedad no tiene sentido producir armas que son tan caras, tan rápidas, tan poco usables, tan grandes, tan poco maniobrables y tan poderosas como para ser usadas en una guerra real. Tiene aun menos sentido diseñar armas cuyos costos de desarrollo son tales que sólo pueden ser producidas a condición de poder vendérselas a otros; particularmente hoy, cuando los tiempos son tan largos –diez a quince años– puede hacer que el probable comprador de hoy se transforme en el enemigo de mañana. La vasta cantidad de armas que países como Gran Bretaña, Francia, Italia y muchos otros le vendieron a Saddam entre 1980 y 1990 (la que subsecuentemente fue usada por él contra sus propios ejércitos) son todo un caso. Muchas de las industrias de armas pesadas son, militarmente hablando, un castillo de naipes que sostiene su propia inutilidad mediante las exportaciones.

Esto no significa que la nueva tecnología no tenga un rol militar que jugar en el futuro. Lo que significa es que hay una movida que va de las grandes, costosas, poderosas máquinas hacia los pequeños y baratos dispositivos que pueden ser fabricados en grandes cantidades y usados en casi cualquier lugar. Como en el pasado las armas de fuego reemplazaron a los caballeros con sus pesadas armaduras Hoy hay tarjetas de identificación magnéticas que son ampliamente utilizadas para permitir a sus usuarios ingresar y salir de edificios. Una vez que esta tecnología esté madura, tarjetas provistas con transistores y conectadas a computadoras posibilitarán que sus tenedores sean continuamente rastreados en sus movimientos a través de zonas de seguridad, bases o instalaciones. Equipamiento similar, levemente modificado podrá ser aplicado a las patentes de los vehículos. Las cámaras de vigilancia y los circuitos cerrados de televisión actualmente utilizados para monitorear el interior de edificios así como el tránsito podrán ser adoptados para propósitos más amplios.; las Fuerzas de Defensa de Israel en conexión con la *Intifida* han experimentado con cámaras montadas en globos. La carrera entre interferidores y dispositivos de escucha ya está en marcha. También entre las máquinas de monitoreo y los explosivos inodoros de bajo perfil usados por los

terroristas, junto con los paraguas venenosos y toda clase de trampas caza-bobos. Todos estos dispositivos tienen más en común con la “telepantalla” de George Orwell -una posibilidad técnica muy real- que con los tanques, misiles y aviones de hoy.

La tecnología en vigilancia puede ser útil hasta un punto determinado, como se probó en China, a raíz de los disturbios de la Plaza Tiananmen en 1989, cuando las cámaras automáticas originalmente instaladas para monitorear el tránsito fueron usadas para identificar a los manifestantes. Orwell, estaba probablemente equivocado en su creencia de que el equipamiento técnico será capaz de suprimir completamente la guerra de baja intensidad y que ello pueda llevar al establecimiento de dictaduras totalitarias vitalicias. La experiencia muestra que el equipamiento para el registro y transmisión de información utilizado para sostener un régimen puede ser igualmente útil para subvertirlo. Dispositivos considerados inviolables por sus fabricantes, sin embargo, pueden ser interferidos. A más perfecta y ubicua que es una tecnología mayor es la carga de trabajo que debe ser destinada para controlar a todos todo el tiempo. A pesar de que el uso de la inteligencia artificial y de las supercomputadoras en red puede llegar a aliviar, hasta cierto punto, este problema; el personal dedicado a la seguridad, probablemente seguirá siendo el eslabón débil del sistema. La vigilancia es el trabajo más aburrido que hay y no precisamente, el mejor pagado. Con el tiempo, aun el personal mejor motivado probablemente se tornaría inactivo. Las personas son también susceptibles de ser sorprendidas, sobornadas o subvertidas.

El problema de la subversión es probablemente el más serio. En el pasado reciente, los estamentos militares, a partir del hecho de que se combaten unos a otros, dan más o menos por sentadas las lealtades nacionales de sus miembros. Sin embargo, este puede no ser el caso en el futuro. Tampoco, probablemente los estamentos del futuro serán capaces de controlar a sus miembros en la misma manera y en la misma intensidad como lo hacen las fuerzas armadas, con sus uniformes, su pago de sueldos, sus sistemas sociales y sus poderosos servicios de inteligencia. Las organizaciones de combate del futuro no reconocerán esta clase de distinciones que en el pasado les permitieron a los gobiernos; pero no a los individuos, sacar provecho de la guerra. Estas probablemente permitirán que sus integrantes puedan satisfacer-

sus necesidades personales directamente a expensas del enemigo. Satisfacer las necesidades personales y sacar provecho personal serán considerados importantes y motivos legítimos para que la subversión, la traición y los cambios de bando de individuos y de unidades enteras sea un lugar común como lo eran en el pasado. Para citar a Filipo II, padre de Alejandro Magno: un burro cargado de oro puede pasar por donde no puede pasar un ejército. Este tipo de cosas parecen ser la materia prima con la que la estrategia del futuro será confeccionada.

A juicio de la experiencia de las últimas dos décadas, la visión de una guerra de alta tecnología, computarizada, de largo alcance tan cara al complejo militar-industrial, nunca será realidad. Los conflictos armados serán dirimidos por hombres en la tierra no por robots en el espacio. Tendrán más en común con las luchas de las tribus primitivas que con las guerras convencionales a gran escala de cualquier clase que el mundo pueda haber conocida por última vez en 1973 (la Guerra Árabe-Israelí), en 1982 (*The Falklands*)¹⁴, en 1980-88 (la Guerra Irán-Irak) y en 1991 (la Guerra del Golfo). A partir de que los beligerantes estarán entremezclados unos con otros y con la población civil. La estrategia de Clausewitz no tendrá aplicación. Las armas serán menos sofisticadas. Las guerras no serán libradas por hombres perfectamente uniformados en salones con aire acondicionado, sentados detrás de pantallas, manipulando símbolos y apretando botones: en realidad, las "tropas" tendrán más en común con la policía (o con los piratas) que con analistas de defensa. Las guerras no tendrán lugar en espacios abiertos, sólo por el hecho de que muchos lugares alrededor del mundo ya no son un lugar abierto. Su normal *mise en scène*¹⁵ será el de un ambiente complejo, ya sea este provisto por la naturaleza o uno más complicado aun creado por el hombre. Será una guerra de dispositivos de escucha y coches-bomba, con los hombres matándose unos a otros a corta distancia y con las mujeres usando sus bolsos para llevar explosivos y drogas para pagar por ellos. Será algo prolongado, sangriento y horrible.

PARA QUÉ SERÁ LIBRADA LA GUERRA

Así como el matrimonio no ha sido siempre considerado por amor, tampoco la guerra ha sido siempre librada por "interés". De hecho, el término "interés" como es usado es un neologismo del siglo XVI; aun más, como sugieren los ejemplos provistos por el *Oxford English Dictionary* era un término aplicado primero a individuos y sólo después a los estados. Su primera introducción forma parte del surgimiento de la visión moderna del mundo. El "Realismo" es la escuela que se basa a sí misma, no sin cierto orgullo, más en el poder que en la justicia y en la religión.¹⁶ Después de Newton, la posición de los planetas no podía ser más explicada por su correcta ubicación que en la justicia y en la religión. Despues de Newton, la posición de las fuerzas que los unían; lo mismo es cierto para las relaciones entre los estados.

Desde los tiempos de Josué a los *Ironides* de Cromwell, quienes verdaderamente se consideraban a sí mismos como israelitas reencarnados, la principal razón por los cuales los hombres se han despanzurado unos a otros no ha sido el "interés" sino la mayor gloria de Dios. Desde los tiempos de Cicerón hasta los de Tomás de Aquino y más acá, los pensadores más prominentes hasta cerca del 1500 d.C. ni siquiera consideraron el uso de la fuerza armada por "interés" como una forma de legitimación. En su lugar, dicho uso era considerado un crimen contra las leyes de los dioses y de la moralidad. Esta visión se basaba en la idea era castigado a la primera oportunidad la civilización Occidental, de una de "guerra justa", la cual gobernó la moralidad pública y la privada por forma u otra, por más de mil años. El primero en obtener fama por establecer una distinción absoluta entre la moral pública y la privada fue Maquiavelo en el siglo XVI. Ejecutó, en consecuencia, el primer disparo en el debate sobre el vínculo entre ambas, un debate que estaba destinado a durar siglos y que como el estadista italiano Cavour dijo, alrededor de 1860, "si hubiéramos hecho lo que hicimos por nosotros mismos en lugar de hacerlo por nuestra patria, que grandes delincuentes seríamos." Por ello, el surgimiento del estado y de su "razón" debe ser entendida como una mera hoja de Parra. Esto permite que la noción de justicia pueda ser descartada y la de "interés" pueda ser puesta en su lugar, todo sin comprometer la decencia de los individuos.

14 - Para los argentinos, Islas Malvinas. (N.T.)

15 - En francés en el original; puesta en escena. (N.T.)

16 - Aquí el autor no hace referencia al Realismo filosófico que como escuela que surge de la interpretación medieval de la filosofía griega clásica, sino a la escuela anglosajona de las relaciones internacionales que se basa en el concepto de balanza de poder. (N.T.)

Al presente, la noción de interés está tan fuertemente enterrada que aun los presentes la creen de interés. Se les acredita poseerlos a los demás, meros pedazos de protección. Intentos por explicar la desatención estratégica para su obtención tienden a ser consideradas en forma sospechosa hasta el punto de que no son importantes como una explicación válida; cuando *se ha* habido alguna razón, tiene lugar asumimos que tiene que la única "real". Por ejemplo, el artista detrás de ella y que esta razón es la única "real". Por rechazar los biógrafos modernos de Alejandro Magno motivado a sus biógrafos tomar sus grandes gestos en serio. Ello ha motivado a sus como por encontrar o inventar razones políticas en su reino y porque el derrotado rey Poros fue "robarle" la victoria" y combatir a comandante macedonio rechazó tales explicaciones es que ponen a Darío por la noche. El problema con disparidad entre Macedonia a la historia patas para arriba. La gran Persa, desde un principio, un pequeño país y el gigante Imperio conquista puede haber estado basta sin efecto la idea de que su *conquistó*, que de acuerdo a nuestras fuentes, Alejandro estaba convencido de su destino ya siendo un niño en la corte de su padre.

Considerando en esta forma, las explicaciones que trabajan en forma de *inventadas* en esta forma, las explicaciones que trabajan en forma de *hecho* son lo contrario de algo *real*; son de todo menos realistas; de hecho como válidos a patrones de *realista*; porque explican el pasado asumiendo conocidos en el pasado. Esto pensamiento que no eran necesariamente conocidos en el lugar, aunque no significa por supuesto que el interés no tuviera un lugar, aunque no sea la justicia, la religión o la prominente, en la guerras en las cuales la justicia, la se declaraban la vanagloria eran citadas. Por ejemplo, los romanos cuando *iustum*,¹⁷ en la parte injuriada y se embarcaban principal) no sólo apuntaban (algunos podrían decir como motivo botín y esclavos expandir sus dominios y acceder a un frágil suministro de intereses. Debe ser dicho que, sin embargo, otros tantos factores con vanagloria, religión, justicia y muchos otros tanto nuestra si misma refleja una estructura social que difiere tanto de la hay razón como su organización política. Siendo es de cualquier manera auto para asumir que la amalgama existente es el producto de circunstancias evidente o permanente. En su lugar, es el producto de circunstancias históricas específicas, siempre sujetas al cambio.

Si el crecimiento de la militancia de una religión continúa es

casi seguro que obligará a otras a seguirla. Las personas serán empujadas a defender sus ideales y sus formas de vida y su existencia física y esto sólo será posible bajo el estandarte de una gran y poderosa idea. Esta idea puede tener un origen secular; sin embargo, el simple hecho de que se luche por ella causará que adquiera implicancias religiosas y que reciba una adhesión similar al fervor religioso. Este reciente resurgimiento de Mahoma puede traer el del Dios de los cristianos y no como el Dios del amor sino el de la batallas.

Si en el futuro la guerra será librada por el alma de los hombres la importancia de extender el control territorial disminuirá. Habrán pasado los días en que provincias, aun países enteros eran considerados como simples ítems de bienes raíces a ser intercambiados entre los gobernantes por medio de la herencia, el acuerdo o por la fuerza. El triunfo del nacionalismo ha traído una situación donde los pueblos no ocupan un trozo de tierra porque ésta sea valiosa; por el contrario, un pedazo de tierra hasta desolado o remoto es considerado valioso porque está ocupado por un pueblo o por otro. Sólo para mencionar dos ejemplos entre muchos, desde al

los actuales cambios continuarán. Una posición es computable con aquella de fines del siglo V a.C., con los atenienses tratando de adivinar al mundo helénico; o el de los ciudadanos de fines del Imperio Romano estimando la forma de la Edad Media. Desde la posición ventajosa del presente, parece ser que las actitudes religiosas, creencias y fanatismos jugarán un rol más importante en la motivación de los conflictos armados de lo que hicieron en los últimos 300 años en Occidente. Mientras estas líneas son escritas el Islam es la religión de mayor crecimiento en el mundo. Mientras existen muchas razones para esto, tal vez no sería exagerado decir que su propia militancia es el factor dominante de tal difusión. Con ello no quiero significar que el Islam busca alcanzar sus objetivos solamente mediante la lucha; en lugar de ello: que gente en muchos lugares del planeta, incluyendo grupos postergados en el mundo desarrollado, han encontrado atractivo al Islam precisamente porque está preparado para luchar. Obviamente, el resurgimiento de la religión como causa de los conflictos armados causará, a su vez, que las convenciones de la guerra también cambien.

menos ~~en~~ 1965 India y Pakistán han tenido una disputa por un glaciar tan remoto que difícilmente pueda ser localizado en un mapa. Entre 1979 y 1988, Egipto gastó nueve años de esfuerzo diplomático para recuperar Taba. Ahora, Taba, al sur de Elath es una inútil playa desierta de media milla de ancho cuya simple existencia había pasado desapercebida tanto por egipcios como por israelitas hasta los Acuerdos de Paz de Camp David; cuando de repente pasó a formar parte del "sagrado" patrimonio y los cafés de El Cairo fueron nombrados en su honor.

Por el camino de la analogía, hay que considerar el periodo entre el Tratado de Westfalia y la Revolución Francesa. A lo largo de numerosas guerras, algunas de ellas tan feroces como para reclamar la vida de decenas de miles, el principio de "legitimidad" ayudó a crear una situación donde difícilmente una sola dinastía era derrocada o una nueva establecida. Ni aun cuando los rusos ocuparon Berlín en 1760 hubo problema en deponer a Federico el Grande, aboliendo de paso al estado prusiano. Luego, 1789 marcó el comienzo de un periodo en el que se hizo posible, aun llegando a ponerse de moda, el hecho de destronar reyes al por mayor. Mientras el proceso tenía lugar, la sanidad con la que habían sido revestidas las dinastías fue gradualmente transferida a las fronteras nacionales, donde el hecho de que un estado permitiera el pasaje de fuerzas de otro se transformó en el sacrificio supremo. El nuevo sistema de creencias se solidificó después de la Primera Guerra Mundial y se transformó en un dogma después de la Segunda cuando fue entronizado como ley internacional. Esto hace extraordinariamente difícil usar la guerra como un instrumento para modificar las fronteras; cuando la integridad territorial de un estado es violada, todos los demás se sienten amenazados. Ahora, esto no debe ser ciertamente tomado como que las fronteras de hoy deben ser consideradas como fijas a perpetuidad y que en el futuro las guerras de baja intensidad estarán satisfechas de dejarlas como están. A juicio de cómo ambos lados, el sirio y el israelí, han actuado en el Líbano el objetivo no será tanto abolir las fronteras como reducirlas a algo sin sentido; por lo que, verdaderamente, el concepto adquirirá un nuevo significado.

Otro efecto que la mencionada caída de la guerra convencional es que probablemente se pondrá gran énfasis en los intereses de los hombres a la cabeza de una organización como opuestos al interés de

dicha organización como tal. En el mundo actual, se asume que los intereses de los dirigentes están separados de aquellos de la organización política. En el siglo XVIII, antes de la Revolución Francesa, Horace Walpole, en una carta privada escribió que los hombres de estado que usen a su país para hacer la guerra por motivos personales son "detestables rufianes y jugadores." El sentido común indica que ambas cosas bajo ningún concepto pueden ir juntas y verdaderamente mucho del aparato político-legal del estado moderno está específicamente diseñado para prevenir que la corrupción levante su cabeza. Sin embargo, en el futuro probablemente diferirá en este aspecto. La expansión de los conflictos de baja intensidad causará que las "vidas privadas" de los dirigentes sean abolidas y que los parámetros medievales sean restaurados, de tal modo que el único lugar "privado" será aquél al cual el rey vaya solo. Mientras los estados comiencen a colapsar, los dirigentes y las organizaciones combatientes se unirán entre sí. Muy probablemente esto no sucederá sin afectar los objetivos perseguidos en la guerra ni en la clase de recompensas que se ofrezcan a aquellos que las librán.

Queda en pie la cuestión de que una mezcla de coerción siempre será necesaria para llevar a los hombres al combate; sin embargo, no hay necesidad de asumir que los guerrieros del futuro necesariamente continuarán considerándose simplemente profesionales ejerciendo sus responsabilidades al servicio de alguna abstracta entidad política. Las organizaciones guerreras deberán cambiar, también los intereses personales de los dirigentes se tornarán más prominentes, luego lo mismo sucederá con sus seguidores. Como era el caso hasta antes de 1648, las funciones militares y económicas obtendrán directamente a expensas de la población civil, una vez más, se volverán importantes; no simplemente como una recompensa eventual sino como un objetivo legítimo de la guerra. Tampoco es improbable que la búsqueda de mujeres y de placer sexual no reingresen a escena. Mientras las distinciones entre combatientes y no-combatientes se disuelven, lo menos que puede esperarse es que estas cosas serán toleradas en mayor medida que bajo las normas de la denominada guerra civilizada. En muchos conflictos de baja intensidad actualmente en auge en países en desarrollo esto ya es una realidad, aunque en verdad siempre lo fue.

Aun hoy, una razón detrás del bajo rendimiento de las fuerzas regulares combatiendo irregulares puede ser muy bien su sistema de recompensas; en otras palabras, los objetivos por los cuales las tropas pelean¹ por los cuales están autorizados a combatir. Sólo porque sus miembros tienen que vivir de algo, las organizaciones empeñadas en conflictos de baja intensidad normalmente permiten o hasta impulsan a que se tomen recompensas del enemigo. Por el contrario, la vida de los soldados modernos está asegurada por la organización a la cual pertenecen. Cualquier otra recompensa que puedan buscar como ascensos u honores en la forma de condecoraciones, supuestamente debe venir exclusivamente de esa organización, lo cual a su vez es usado por ellas como un instrumento para mantener el control. Mientras los ejércitos confrontaban unos con otros no había problema, a pesar del hecho de que comandantes como Napoleón miraban para otro lado para no enterarse de las depredaciones de sus tropas. Sin embargo, las fuerzas armadas modernas han sido desmotivadas para aplicar las mismas reglas en los conflictos de baja intensidad. Probablemente, es mucho esperar que un hombre combatá si considera, en teoría, que tomar un reloj de un terrorista muerto para su uso personal, en lugar de entregarlo a las autoridades armadas regulares para combatir narcotraficantes es necesario que tengan esto en cuenta.

Es suma, decir que los pueblos que van a la guerra lo hacen por sus "intereses" y que estos "intereses" comprenden cualquier cosa que la sociedad considera bueno y útil es auto evidente y hasta grosero. Es como decir que los medios que consideramos, según nuestra particular consideración moderna sobre lo que es y deber ser, son eternamente válidos; en lugar de tomarlos por lo que realmente son, vale decir como un fenómeno histórico con un claro inicio y con un presumible final. Así, si asumimos que los hombres están siempre motivados por sus intereses, no existe una base firme para asumir que las cosas que están visualadas a estos intereses serán necesariamente los mismos en el futuro que lo que son hoy; cuanto que es obvio que las cosas que son hoy consideradas "buenas" por la sociedad (y aun el significado mismo de "sociedad") son al menos parcialmente el producto de la naturaleza de esa sociedad, su organización y su sistema de creencias. Tampoco es meramente un problema filosófico. La lógica de la estrategia requiere que las privaciones del oponente deban ser entendidas ya que de ello

depende el éxito en la guerra. Si, en el proceso, la noción de interés tiene que ser tirada por la borda, que así sea.

Aun más, indudablemente en el futuro habrá muchos casos en los que la simple idea de pelear en una guerra "por" algo será totalmente inaplicable. Las comunidades organizadas de cualquier tipo irán a la guerra, a veces, por otra "razón" que no sea la absoluta necesidad que tener que hacerlo como ha sucedido en el pasado. Habrá otros casos, en los cuales las guerras habrán comenzado originalmente "en orden de" para luego descubrir que este u otro objetivo degeneró en una lucha a muerte por la supervivencia. A mayor paridad entre los oponentes las posibilidades de que la guerra sea más larga, más intensa y más sangrienta serán mayores. Cuanto más cierto esto sea, menos aplicables serán las normas del Universo clausewitziano, más aun sus modernas interpretaciones que insisten en considerar a la guerra como una simple herramienta de la política. Lo cual nos lleva a la última pregunta cardinal que tenemos que hacer.

POR QUÉ LA GUERRA SERÁ LIBRADA

En este volumen la guerra ha sido, de alguna manera, arbitrariamente considerada. Uno por uno, los fenómenos que la rodean, incluyendo las organizaciones que la libran, las convenciones a las que está sujeta y los objetivos por los cuales es librada han sido expuestos como el producto de circunstancias históricas. Aun cuando estas cambien, la guerra se nos presenta como el eje eterno, invariable alrededor del cual gira toda la existencia humana y que le da sentido a todo el resto. En palabras de Heráclito, *pόλεμος πάντον μέν πατέρ εστι* –la lucha es el origen de todas las cosas.

El postulado anterior, no significa que la guerra esté biológicamente predeterminada, lo mismo puede decirse de la religión, la ciencia, el trabajo productivo o el arte. Sin embargo, esto significa que la guerra, lejos de ser un medio, ha sido muchas veces considerada un fin en sí misma, una actividad altamente atractiva para la cual no hay un substituto adecuado. La razón por la que otras actividades no pueden substituirla es precisamente porque son "civilizadas"; en otras palabras, reguladas por normas artificiales. Cada una de las muchas actividades en las cuales los

hombres juegan con sus vidas comparadas con la guerra, *der Ernthal*¹⁸ como los alemanes solían llamarlas, son meramente un juego y hasta una trivialidad. A pesar de que la guerra es en algún sentido una actividad artificial, difiere de todas las otras en que ofrece una libertad total; incluyendo paradójicamente la libertad respecto de la muerte. Sólo la guerra le presenta al hombre la posibilidad de emplear todas sus facultades, arriesgándolo todo y comprobando su valía contra un oponente tan fuerte como él mismo. Esta son las posturas que la hacen un juego serio, aun noble. Mientras la utilidad de la guerra como sirviente del poder, el interés y la ganancia puede ser cuestionada, la inherente fascinación que ha ejercido por los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares es una verdad histórica. Cuando todo se ha dicho o hecho, la única forma de entender esta fascinación es considerada como una disputa con las apuestas más altas en juego.

Esto explica la ocurrencia de la guerra, no hay necesidad de verla como programada por la naturaleza humana; por otro lado, aunque no hay prueba de que esto no sea así. En las décadas recientes numerosos experimentos, algunos de ellos extraños, se han realizado para determinar si el cerebro tiene un centro donde la agresión está concentrada. Los resultados han sido ambiguos, desde que la estimulación eléctrica de una misma región es aparentemente capaz de producir diferentes respuestas bajo diferentes circunstancias. Aun, si la existencia de tal centro es finalmente confirmada, sin embargo, su relación con la actividad social conocida como guerra tenderá a ser excesivamente compleja. Un "complejo neuronal de la agresión", la "glándula de la guerra", o el "gen de la agresión" casi con certeza que nunca será descubierto, ni ninguno necesita ser postulado. Hasta ahora nadie tiene la más vaga idea acerca de cuales estructuras cerebrales son responsables por cada cualidad típicamente humana como nuestras habilidades para apreciar la verdad, la belleza, lo bueno y lo sagrado. Aun pocas personas, menos que nadie los científicos que realizan estos experimentos, han sugerido esto, porque algo, las cuestiones como la santidad, la bondad, la belleza y la verdad se consideran que no forman parte de la naturaleza humana.

La premisa de que la guerra puede ejercer y a veces lo hace una absoluta fascinación es de varias formas superada por el hecho de que no todos los pueblos pelean todo el tiempo y de que algunos de ellos se han manejado para evitar hacerlo por considerables períodos. Muchas personas nunca visitan un museo ni atienden a un concierto durante toda su vida; sin llegar a decir por ello que la música y la pintura no sean cosas maravillosas. En la guerra, como en cualquier otro campo, el goce es para pocos. Es un hecho que en el fútbol, mientras miles rugen de entusiasmo en las tribunas o frente a un televisor, hay sólo unos pocos jugadores; lo que no significa que el juego no pueda disfrutarse, todo lo contrario. A lo largo de la historia, una gran parte de los juegos, la literatura, la historia y el arte creados por el hombre le deben su existencia al hecho de que, ya sea imitan o proveen un substituto de la guerra. Es verdad que la mayoría de la gente en ningún momento o lugar participa en juegos o disfruta del arte. Sin embargo, a la mayoría no se le puede negar, al menos, su inherente capacidad de poder participar, ya que negárselo sería negarnos ese derecho a nosotros mismos. Más aun, si la guerra hubiera estado activa en todo momento y en todo lugar, inevitablemente, se hubiera convertido en algo aburrido. Esta puede ser la mejor explicación de porque toda guerra, irremediablemente, alguna vez llega a su fin.

Tampoco es esto, de alguna forma, contradictorio con la existencia de países que se han manejado para evitar la guerra por períodos comparativamente largos. La guerra no está meramente al servicio del poder; ella es poder; baste recordar un episodio relatado por Swift para ver lo absurdo y ridículo que puede ser la pelea entre pequeños en presencia de un poderoso, como los lilliputienses batallando unos contra otros en los bordes del pañuelo de Gulliver. Esta consideración ayuda a explicar como países como Dinamarca y los Países Bajos, los cuales solían librar guerras como los mejores, llegaron a adquirir su pacifismo y como puede ser que no lo abandonen en el futuro. Lo mismo se aplica a viejos enemigos como Francia y Alemania, Hungría y Rumanía, Bulgaria y Yugoslavia, que hasta no hace mucho se arrojaban a sus respectivas gargantas. Habiéndose formado bajo el eje de potencias más poderosas, probablemente fue su sensación de vergüenza entre otros factores, lo que hizo que estos países detuvieran sus altercados después de 1945. Sin embargo, el mundo es redondo. Hoy en día hay abundantes signos de que en Europa del Este y en partes de la Unión Soviética, de cualquier forma, la historia no ha llegado todavía a su fin.

una neutralidad Suiza, que brilla como un gran ejemplo, es sólo en antigua como lo son las estructuras trinitarias y el Estado que las contiene. La disparidad de los cantones suizos o *Erdgenseeschafft* fue formada en 1291 bajo la presión de una guerra; tampoco hubiera tenido mucho sentido realizar un juicioamiento de asistencia mutua (*Eid*) si no hubiera existido un lema común que combatir. Por unos tres siglos los pueblos en o naciones que habían tenido una fama de belicosidad sin par, fueron los mercenarios preferidos del Papa y de otros. La aplicación usual para la neutralidad suiza, la posición geográfica del país no puede ser considerada la causa para este cambio. Claramente la neutralidad se articula en la existencia de fronteras y estados, así como en la habilidad posterior de prevenir el cruce de estas fronteras por parte de otros pueblos. La esencia de los conflictos de baja intensidad no reconoce estados ni fronteras, aun que su inferencia es clara. Ya ha habido casos de terroristas franceses, alemanes occidentales e italianos que han buscado asilo en suelo suizo; también es probable que las organizaciones terroristas tengan conexiones en Suiza. Los países que rodean a Suiza sufrirán la extensión de los conflictos de baja intensidad; aquél que sin duda tarde o temprano llegará el momento en que el pueblo suizo con todo gozo se les unirá en la pelea.

Todo esto se reduce, en orden de explicar la ocurrencia de la guerra, por decirlo de alguna manera, a que no es necesario postular que existe otro objetivo ulterior que no sea ella misma. Este trabajo ha tenido mucho que decir en relación con los cambiantes objetivos por los cuales las guerras han sido libradas en diversos lugares y circunstancias; aunque a lo largo de todos estos cambios la guerra ha sido siempre la misma. Sin duda las generaciones futuras recurrirán a varias líneas de razonamiento, algunas de ellas nuevas y desconocidas hoy en orden de justificar y justificarse por las guerras que libren. Mientras tanto, la nada despreciable atracción que ella ejerce permanecerá intacta. Ningún intento por entenderla, planificarla y conducirla podrá tener éxito si falla en tener en cuenta esta atracción; tampoco el tenerla en cuenta servirá de algo si no es evaluada, ponderada y aún amada por lo que es. En consecuencia, la sabiduría estratégica convencional debe ser invertida. Existe una percepción por la cual la guerra, más que cualquier otra actividad humana, sólo tiene

sentido cuando es vivenciada más como un medio que como un fin en sí mismo. Sin embargo, el hecho desagradable es que la razón real por la cual tenemos guerras es que al hombre le gusta pelear y a las mujeres le gustan aquellos hombres que están preparados para luchar por ellas.

Repetimos, la verdadera esencia de la guerra no sólo consiste en un grupo matando a otro si no en la disposición de sus integrantes a resultar muertos si fuera necesario. Consecuentemente, la única forma de obtener la paz perpetua sería la de erradicar el deseo, aun la ansiedad humana por tomar riesgos de cualquier tipo, incluyendo el de deseos existentes parecería no estar localizado en algún lugar particular del cerebro ni relacionado con otros instintos. Si juzgamos por lo que una droga psicoterapéutica le hace a aquellos que la toman, probablemente tengamos que transformarlos en zombis, a la vez de destruir simultáneamente, otras cualidades consideradas esenciales para la vida humana; tales como, la jovialidad, la curiosidad, la inventiva, la creatividad y aun el deseo de vivir. Lo que estas actividades tienen en común es que lidian con lo desconocido. Hasta el punto que lidiar con lo desconocido deviene, tanto en un sentimiento de poder como en la manifestación de este poder, que en tal sentido puede ser considerado como una pálida imitación de la guerra. En palabras de Helmut von Moltke, la paz eterna es un sueño. Y dado el precio que tenemos que pagar, quizás ni siquiera sea uno hermoso.

Decir que la guerra implica un juego con la muerte no la equipara con el suicidio. Como la historia de Massada prueba, el suicidio no es el comienzo de la guerra sino su final.¹⁹ Dado, el carácter insobornable de la mente humana, probablemente el único camino para eliminarla sea incrementar el poder de los gobiernos; de tal modo que puedan anticiparse a sus resultados con cierta antelación. Es

19 - Massada o Masada era una antigua fortificación situada en el extremo oriental del Desierto de Judea y utilizada por los israelitas que se hizo muy conocida cuando sus defensores, en el marco de una de las últimas rebeliones judías contra Roma en el año 73, eligieron el suicidio antes que el cautiverio a manos de las legiones de Lucio Flavio Silva. La fama de Massada también se vio acrecentada por el hecho de que los romanos encargaron al historiador judío Josefo que escribiera el relato de lo acontecido a los efectos de que sirviera de lección para otros rebeldes potenciales. (N.T.)

conceible, aunque poco probable, que sólo un régimen totalitario, represivo, de escala mundial, tipo Gran Hermano intentará algún día obtener este logro. Probablemente, dicho régimen podría establecerse sólo a continuación de una guerra nuclear generalizada en la cual un centro de poder mundial se las ingeniaría para eliminar a todos los otras potencias sin ser, a su vez, erradicado. El bombardeo nuclear debería ser seguido por extensos operativos policiales a ser conducidos en un presumible ambiente radioactivo. Una vez asegurado el poder, el régimen podría confiar en un perspicaz aparato policial, así como en un equipamiento técnico capaz de monitorear a todos todo el tiempo. Para prevenir que los seres humanos envueltos en este proceso sean superados, puedan ser subvertidos o sean negligentes, la tecnología en cuestión, debería ser totalmente automática tanto en su operación como en su mantenimiento. Una máquina completamente automática que lea el pensamiento, nada menor serviría, tendría que estar conectada con cada cerebro humano y ser capaz de influirlo mediante impulsos químicos o eléctricos. Los robots deberían controlar a los hombres y los hombres mismos ser transformados en robots. Nos encontraríamos atrapados entre el "Un Mundo Feliz" de Huxley y el "1984" de Orwell. Tan monstruosa es esta visión que hace ver a la guerra como una bendición.

La tercera forma en la cual la voluntad de lucha y de librarse una guerra puede ser conceiblemente eliminada sería la de hacer participar a las mujeres en ella, no como auxiliares o en forma subrepticia, sino totalmente incorporadas, como iguales. Este no es el lugar para exponer las muchas veces imaginativas diferencias psicológicas entre los sexos, ni la respectiva importancia de lo biológico y los factores sociales que gobernan estas diferencias. Suficiente es repetir que con la excepción de sus diferentes roles en el acto físico de la procreación y la crianza de la prole nada ha sido más característico de las relaciones entre hombres y mujeres que la poca voluntad de los hombres por permitir que éstas tomen parte en una guerra y entren en combate. A lo largo de la historia los hombres se han resistido a desempeñar el rol de la mujer por considerarlo un insulto a su hombra, aun hasta el punto de que, a veces, el desempeño de este rol ha sido administrado como un castigo. Si los hombres fueran forzados a combatir al lado o contra mujeres, lo más probable es que el todo asunto se transforme en una guerra de opereta, un entretenimiento común en muchas culturas, o que ellos depongan sus armas en señal de disgusto. Más allá de lo deseable que este resultado

pueda ser para algunos, el mismo pertenece al reino de la fantasía. Si los hombres debieran ser enfrentados con esta elección, uno sospecha que muchos preferirían abandonar a las mujeres antes que a la guerra.

Estas son, por supuesto, especulaciones. Su significado práctico yace en el hecho de que si no es por su espíritu combativo una fuerza armada no vale nada. En las últimas décadas, las fuerzas armadas regulares, incluyendo algunas de las más grandes y mejores, han repetidamente fallado en numerosos conflictos de baja intensidad donde parecía que ellos tenían todas las cartas de triunfo. Esto debería haber causado que los políticos, los militares y sus asesores académicos estudiaran con profundidad la naturaleza de las guerras de nuestro tiempo; sin embargo, por mucho este intento de reevaluación no ha sido hecho. Mantenidos cautivos por el esquema estratégico aceptado, cada tanto los perdedores explican las causas de su fracaso citando factores atenuantes. A veces invocan una supuesta puñalada en la espalda, acusando a los políticos que les negaron una mano de ayuda o que el público interno no les dio el apoyo de que eran merecedores. En otros casos entierran sus cabezas en la arena y argumentan que fueron derrotados en una guerra de propaganda, en una guerra terrorista, en una guerra de propaganda, en una guerra propiamente dicha, en una guerra de propaganda, en una guerra propiamente dicha.

Mientras el siglo veinte está llegando a su fin, se torna cada día más claro que este tipo de razonamiento no funciona. Si sólo estuviéramos dispuestos a ver, podríamos darnos cuenta que una revolución está tomando forma bajo nuestras narices. Al igual que ningún ciudadano romano se vio libre de ser afectado por las invasiones bárbaras; así en las amplias áreas del mundo, no hay hoy hombre o mujer o niño vivo que se salve de las consecuencias de las nuevas formas emergentes de guerra. Aun en las más estables sociedades, lo menos que pueden esperar es tener sus identidades controladas y sus personas registradas en todo momento. La naturaleza de las entidades por las cuales la guerra es librada, las convenciones que la rodean y los fines por los cuales es peleada podrán cambiar. Sin embargo, como lo ha estado siempre, la guerra está viva, con el agregado que, ahora más que nunca, mientras estas comunidades se nieguen a mirar los hechos de frente y a pelear por su existencia, probablemente, estén condenadas a dejar de existir.

POSDATA

LA FORMA DE LO QUE SE VIENE

Donde estamos parados hoy, no en el fin de la historia, pero si en una bisagra histórica. Así como las conquistas de Alejandro sólo llegaron a la Edad Media como un oscuro y fantástico cuento, también, en el futuro las personas probablemente recordarán al siglo XX como un periodo de poderosos imperios, grandes ejércitos y máquinas de guerra increíbles que se convirtieron en polvo. Tampoco es probable que sea lamentada su pérdida de prestigio, dado que cada época tiende a considerarse a sí misma como la mejor de todas, a un grado en que todo lo pasado es valorado de acuerdo con las normas del presente.

Si no tiene lugar un holocausto nuclear, entonces la guerra convencional parece estar en las últimas de etapas de abolirse a sí misma; si una tiene lugar, entonces será porque tal abolición ha tenido lugar. Este dilema no significa que nos acercamos a una paz perpetua; sino que es la violencia organizada la que está llegando a su fin. En la medida en que la guerra entre estados salga por uno de los lados de la puerta giratoria de la historia, los conflictos de baja intensidad entre diferentes organizaciones entrarán por la otra. Los conflictos de baja intensidad del presente están abrumadoramente confinados a los denominados países en desarrollo. Sin embargo, pensar que esto durará para siempre o hasta por un largo tiempo es con casi absoluta certeza sólo una ilusión. Como un cáncer que destruye a un cuerpo pasando de un órgano infectado a otro, los conflictos de baja intensidad son la forma más contagiosa de guerra. Mientras la última década del

siglo XX se desvanece, regiones enteras cuya estabilidad parecía asegurada en 1945 –el subcontinente indio, Europa sur oriental y partes de la Unión Soviética– están comenzando a incendiarse. Hasta ahora el efecto de estos fenómenos en el denominado “Primer Mundo” han sido marginales– pero éste comprende menos de un quinto de la humanidad. ¿Quién se atreve a señalar a una sociedad tan aislada, tan homogénea, tan rica y tan indulgente con sus propios logros pueda considerarse, por naturaleza, inmune?

El primer deber de cualquier entidad social es la de proteger las vidas de sus miembros. O los estados modernos controlan a los conflictos de baja intensidad o desaparecerán; sin embargo, crece la sospecha de que están condenados tanto como si hacen algo como si no hacen nada. Siendo la guerra las más imitativa de todas las actividades humanas, el simple proceso de combatir conflictos de baja intensidad causará que ambos lados se asemejen, a menos que se pueda llegar a un rápido final. Conflictos prolongados de esta naturaleza causarán que las distinciones entre gobierno, fuerzas armadas y pueblo desaparezcan. Actualmente las soberanías nacionales están siendo minadas por organizaciones que rechazan el monopolio e la violencia armada por parte del estado. Los ejércitos serán reemplazados por fuerzas de seguridad de tipo policial por un lado y por bandas de rufianes por el otro; sin que la diferencia esté siempre clara. Las fronteras nacionales, que actualmente constituyen quizás el único gran obstáculo para combatir a los conflictos de baja intensidad, puede que sean abolidas o que se tornen irrelevantes mientras que organizaciones rivales se cazan a lo largo de ellas. En la medida en que las fronteras se esfumen, también lo harán los estados territoriales. Aunque de todos ellos se puede decir que así tanto como el perro mueve la cola, es que la cola mueve al perro. Hasta un extremo en que la guerra es verdaderamente la continuación de la política, un cambio en la guerra, inevitablemente será seguido por importantes cambios en la política.

A medida que la guerra convencional desaparece, sin duda que una nueva tomará su lugar –librar una guerra sin convenciones es por naturaleza imposible. Las funciones de las convenciones será la misma de siempre: mayormente, próximas convenciones definir quién está autorizado a matar, con que medios, bajo que circunstancias y por que razones. Además, tendrá que prever los problemas del *ius in bello*¹ tales como santuarios, parlamentos, treguas, procedimientos de rendición y muchos otros, todos los cuales son esenciales para la conducción de la guerra. Tanto como la “ley natural”, en su momento, reemplazó al código de caballería, también las nuevas convenciones se diferenciarán de las viejas y tendrán un nuevo nombre. Sin duda su establecimiento será acompañado por numerosos abusos, tanto accidentales como deliberados. Esto no sirve para decir que la naturaleza humana se este volviendo más maligna de lo que siempre ha sido ni que todos los cambios son necesariamente para peor. La forma de hacer la guerra del “civilizado” siglo XX puede que haya prohibido a los soldados individuales saquear y violar, pero no dice nada cuando se trata de destruir ciudades enteras desde el aire. No tenemos motivos para estar orgullosos de nuestro desempeño. Las eras futuras bien podrán temblar de espanto cuando nos recuerden.

El descarte de las convenciones de la guerra causará que la estrategia en el sentido tradicional clausewitziano desaparezca. También las más poderosas de las avanzadas armas actuales, cuya efectividad está en función, por mucho, del ambiente trinitario para el cual fueron diseñadas. Hasta ahora la estrategia siempre abarcó la creación de una fuerza armada, en consecuencia, los principios para sostener esto permanecerán invariables. Esto también se aplica al tríptico de obstáculos de inflexibilidad, fricción e incertidumbre; dado que los dos primeros son inherentes a fuerzas de cualquier tamaño y al que hacer la guerra sin el tercero es tanto

1. Doctrina jurídica que trata sobre los derechos y deberes de los beligerantes durante el desarrollo de una guerra. (N.T.)

imposible como innecesario. Lo más importante de todo, es que los principios esenciales de la estrategia continuarán siendo determinados por su carácter mutuo e interactivo; ya que, de hecho, la guerra es una competencia violenta entre dos oponentes cada uno gobernado por una voluntad independiente y hasta cierto punto libre de hacer lo que le convenga. La necesidad de concentrar la mayor fuerza posible y asestar un golpe demoledor en el punto decisivo continuará chocando con la necesidad de astucia, engaño, decepción y la sorprender al enemigo. La victoria, siempre, estará del lado de quien mejor entienda como balancear estos dos requerimientos contradictorios, no en forma abstracta sino en una oportunidad específica, en un lugar específico y contra un enemigo específico.

En otro sentido, la cuestión de qué clase de sociedades futuras irán a la guerra, es irrelevante. Simplemente no es cierto que la guerra sea solamente un medio para alcanzar un fin, ni que los pueblos necesariamente pelean en orden de obtener un objetivo u otro. De hecho, lo contrario, es cierto: los pueblos muy a menudo seleccionan un objetivo u otro precisamente para poder pelear por ellos. Mientras la utilidad de la guerra como un medio para alcanzar fines prácticos puede muy bien ser cuestionada, su habilidad de entretener, de inspirar y de fascinar nunca ha sido puesta en duda. La guerra es la vida con mayúscula. Entre tantas cosas que se mueven entre dos polos, sólo la guerra permite y demanda el compromiso de todas las facultades del hombre, tanto las más altas como las más bajas. La brutalidad y la rudeza, el coraje y la determinación y el manejo de poder que la estrategia considera necesarios para la conducción de los conflictos armados son al mismo tiempo sus causas. La literatura, el arte, los juegos y la historia son un elocuente testimonio de este mismo hecho elemental. Una forma muy importante por la cual los hombres pueden alcanzar el goce, la libertad, la felicidad y aun el delirio y el éxtasis, no es precisamente estar

con su esposa y con su familia en su casa, sino llegar al punto de tener que abandonar a estos seres, que son sus más queridos y más cercanos, a menudo, en favor de la guerra.